

LENGUA, LITERATURA Y NACIONALISMO EN CATALUÑA*

Language, Literature and Nationalism in Catalonia

Xavier FERRÉ

*Departament de Geografia, Historia i Filosofia, Facultat de Lletres,
Universitat Rovira i Virgili, Plaça Imperial Tàrraco, 1, 43005 Tarragona*

BIBLID [(1999) 17; 307-313]

«Estudio fins a totes les llengües, per a base de la meva; fins a tots els climes, però partint del meu; fins a totes les històries però amb la consciència i consistència de prendre la meva com a eix de tota història, per a mi»

[Delfí Dalmau, 1936].

Lluís Nicolau d'Olwer dirigiéndose desde Vichy el 24 de mayo de 1943 al intelectual y economista Ferran Cuito conceptuaba la fecha de 1888 como «l'alba del catalanisme»¹. Era una metáfora para referirse al desarrollo de la concienciación nacional-cultural catalana, el objeto de estudio del historiador Pere Anguera, que desde la historia local irradia análisis sobre las bases sociales y territoriales de los catalanistas contemporáneos como factor de contestación a la Restauración.

* ANGUERA, Pere: *El Català al segle XIX. De llengua del poble a llengua nacional*, Empúries, Barcelona, 1997, 296 págs; *Escrits polítics del segle XIX* [a cura de Pere Anguera], IUHJVV/Eumo Editorial, 1998; y ANGUERA, Pere: *Literatura, Pàtria i Societat. Els intel.lectuals i la nació*, Eumo Editorial, Vic, 1999, Eumo, 1999.

1. Archivo de exilio de Nicolau d'Olwer [IEC, carta núm. 67].

Pere Anguera, con *El català al segle XIX*, aporta un aspecto de los orígenes del catalanismo en clave de sociolingüística centrado en el estudio del paso de una lengua de uso, sin que los connacionales tuvieran una conciencia política de su defensa (lengua del pueblo), a un estadio —marcado por el proceso de construcción del Estado español liberal decimonónico— en que la reivindicación de la lengua aparece como exponente de un movimiento de nacionalización cultural y político: el catalanismo (lengua nacional). En la primera parte del ensayo, comprendida en los dos primeros capítulos («El català a la crisi de l'Antic Règim» y «Ús polític del català»), Anguera demuestra que el catalán no conoció una «decadència» (según Jordi Rubió o Núria Sales) en el uso social a lo largo del siglo XVIII (antes y después de 1714) y al mismo tiempo pone en evidencia su función como instrumento de nacionalización política al ser utilizado para socializar una ideología nacional (española), ya que la lengua catalana era la vehicular de la práctica totalidad de los sectores populares. En la segunda parte, el historiador muestra la secuencia ascendente de una reivindicación deliberada de la lengua en el aspecto interno (propuestas de normativización) y externo (el catalán como lengua vehicular, oficial, de las instituciones culturales y sociales). Estudia así el paso de una «no conciencia lingüística» (capítulo dedicado a «El català a la crisi de l'Antic Règim») a una construcción de la voluntad consciente del uso del catalán (el que Anguera califica como «reivindicación consciente», en los capítulos «La recuperació conscient» y «La defensa política del català: cap a una llengua nacional»), donde la parte dedicada a glosar la dimensión societaria de la lengua es la más significativa («El català en la vida social» y «El català, llengua de cultura»).

Con esta estructuración, la hipótesis más general del autor remarca que la normalidad de uso de una lengua minorizada de una comunidad nacional no es pensable desde la historicidad si no posee estructuras políticas que aseguren su oficialidad. En este sentido, el esfuerzo de Anguera se centra en mostrar en qué coyuntura —con qué ideología nacional y con qué orientación social— se forma esta propuesta política que busca la normalización social de la lengua. El caso catalán le permite concluir que una propuesta política que permite afrontar el proceso de sustitución lingüística decimonónica es el catalanismo republicano federal, concretado por militantes como Gonçal Serraclara (1841-1885) —perteneciente al Club de los federalistas, había colaborado al levantamiento federal de setiembre-octubre de 1869 y al alzamiento contra las quintas de abril de 1870— el cual, según el autor, formula una primera reivindicación de la oficialidad del catalán en 1879 (p. 233). También concreta el catalanismo republicano federal Narcís Roca i Farreras, quien en 1888 hizo una reivindicación en el mismo sentido (la ideología republicana de Serraclara, en el marco de la proclamación del Estado Catalán Federal de marzo de 1873, ha sido estudiada per Félix Cucurull en *Panorama del Nacionalisme Català*, Vol II, 1975: 256-257). En cuanto a instituciones, Anguera recorre prácticamente todos los núcleos organizativos más notorios hasta la *Assemblea* catalanista de Manresa (1892) —desde la *Jove Catalunya* hasta la *Associació Catalana d'Excursions*

Científiques— para ilustrar el proceso de aquella actitud lingüística que buscaba la vindicación no disglósica del catalán.

Esta investigación de Anguera, posibilitada por la exhaustiva consulta de fuentes primarias (folletos de asociaciones, prensa catalanista comarcal, vaciado de los discursos ideológicamente reveladores de los «mantenidors dels Jocs Florals»), muestra, en fin, que el sentido social y político de las primeras agrupaciones catalanistas era establecer una *alternativa* al sistema de Antiguo Régimen reproducido desde el conservadurismo restauracionista, mediante el relevo ideológico de los sectores conservadores catalanes a partir de nuevos sectores sociales populares republicanos (Pere Anguera remarca que en 1883 el *Partit Republic Democràtic Federal* publicó las actas de su congreso «només en català»: 238) que impulsaron una crítica al discurso de la 'Bona Voluntat' de las élites dirigentes, discurso que era *complementario* a la ideología nacional del Estado español. El ensayo, pues, explica que parte del catalanismo finisecular rompe la identidad entre canalización lingüística y españolización política, y que los primeros momentos de formación del catalanismo ilustran la relación entre cultura y política (y las contradicciones que se concretan cuando se quiere dar el paso de cultura a *política*). El análisis de la construcción de un movimiento sociopolítico (catalanismo) a través de un factor explicativo (analizar las ideologías que existían en torno a la reivindicación lingüística: desde la minorizadora hasta la oficializadora) es lo que aporta el ensayo para analizar cómo se cuestiona —y desde qué sectores— un proceso de sustitución lingüística. En este sentido, este trabajo puede interpretarse como un ejemplo afortunado de historia social y política de la lengua (aquella "historia total, historia en construcción" del historiador occitano Pèire Vilar), y ya se puede utilizar desde ahora como traducción empírica de trabajos hechos para épocas coincidentes por Lluís Aracil (prefacio crítico a *Les Xiques de l'Entresuelo d'Eduard Escalante*: 1968). Es decir, convenir en la «idoneidad» de la función social de una lengua a nivel sentimental/emotivo y fijar un discurso historicista y que apelaba a la misma dimensión emotiva de los orígenes históricos de los catalanes. De ello se deduce una convergencia de intereses políticos entre los «mantenidors dels Jocs Florals» y una ideología regionalista. Fijémonos, por ejemplo, qué dice Celestí Barallat Falguera en los *Jocs* de 1864: «respectáu lo sitial en quéstá sentada la llengua de Castella, estimáula com la estimaren 'N Piferrer, 'N Cabanyes y 'N Patxot, tractáula amb afecte en les grans salas, hont senyoreja discretament; mes no tragueu la nostra de sa cambreta, que l'jorn en que la n'traguésseu, perdriau l'esma, com se sol dir, y arribariau á no encertar lo lloch que os ha vist naixer» (ANGUERA: 141). Esta duplicidad de estatus social (oficial: español, 'doméstico': catalán) coincidiría con lo que propone Aracil: «El fet és que les aspiracions màximes dels regionalistes eren molt inferiors a les exigències mínimes d'una comunitat lingüística europea moderna» (1983:28). No tiene pues que extrañar que la defeción lingüística —sin plataformas políticas que planteasen su normalización social— progresase desde los sectores sociales dominantes, reforzando el proceso de españolización. [Simultáneamente el contexto internacional, es decir, la actitud de los sectores

sociales que reproducían la ideología bilingüista y los nuevos sectores intelectuales que reivindicaban un *nuevo* pensamiento sociolingüístico, sería susceptible de convertirse en ámbito de investigación para desarrollar estas contradicciones acontecidas en la sociedad del *Principat* de Catalunya bajo la Restauración (y del todo reproducidas en cuanto a la socialización de la lengua en la ciudad de València, Mallorca y Perpinyà)].

La respuesta a este proceso de españolización lingüístico*cultural* que provenía de una conciencia en el plano de la historicidad y de una apuesta por el regeneracionismo bajo una incipiente forma de catalanismo como *defensa* de la identidad es la nota común de los *hommes des lettres* estudiados en *Literatura, pàtria y societat*. No es que se rechazara la españolidad, sino que se la admitía *desde* la «periferia» cultural. Las manifestaciones de catalanidad no se contradecían con una interpretación de la pluriculturalidad entendida como sinónimo de plurinacionalidad. Así las cosas, Anguera propone el análisis de unas élites de una tradición entre liberales y republicanas modernistas que quizá tendrían que ser comparadas con experiencias parecidas en la España y la Francia ochocentistas, para comprobar que existen formas de conciencia regional que «contestan» el nacionalismo de estado apostando por un tipo de nacionalidad heterogénea (¿un nuevo nacionalismo *vertebrador* desde el estado, ahora, desde la periferia?). En este sentido, el grado de vigencia del ensayo de Anguera es relevante: después del intervalo *soberanista* del período '1922-1931', ¿existe un retorno a la identidad dual? y si se quiere —aplicando esquemas de clase—: ¿hasta qué punto podemos tener en cuenta que ciertos intelectuales que piensen la nación lo hagan en tanto que dependientes de la clase hegemónica? Es decir, lo que se puede deducir del análisis de los intelectuales establecido por Anguera es que, en última instancia, la nación-estado socializa —ahora a través de estos intelectuales regeneracionistas— una reproducción “moderna” (no de Antiguo Régimen) del proceso de transmisión ideológica estatal. ‘Espanya’, pues, como nación política y ‘Catalunya’ como nación cultural. Esta disensión entre cultura y política —entre patria y sociedad— está bien concretada en los casos de Antoni de Bofarull, Pin i Soler y Narcís Oller.

Era necesario, pues, hacer política aunque fuera informalmente. Rovira i Virgili, en el caso de Guimerà, constataba que «fou un patriota, no fou un polític, és a dir, no tenia condicions de polític, ni en el sentit vulgar, ni en el més noble sentit del mot. Però actuà com a polític durant un període relativament llarg, i aquesta actuació justifica que hom l'estudi en l'aspecte polític» [«Àngel Guimerà (Apunts per a un estudi crític)», *Revista de Catalunya*, 2, agost de 1924, p. 108] Con todo, insisto en defender que esta clarificación ideológica se acentuaba más al acercarse el nuevo siglo. Mientras —en el contexto tratado por Anguera— existían estrategias de defensa hacia tradiciones históricas propias (aquel “espíritu del pueblo” herderiano extensible a todos los países occidentales), como fue la defensa del derecho histórico catalán desde las páginas de *La España Regional*. Este nombre, que no era ninguna casualidad, podría ser una definición bastante global y ajustada de la concepción cultural peninsular de intelectuales catalanes, aunque contraria al pro-

ceso de unificación jurídica surgido de las Cortes de Cádiz (1812). En efecto, parece ser que la defensa del derecho histórico (basado en la tradición romántica de la escuela histórica alemana), una faceta del historicismo, era otro recurso de los intelectuales decimonónicos para hacer frente al proceso de centralización (homogeneización) español: «*Las circunstancias favorecieron de un modo extraordinario la resistencia que por instinto de conservación iniciaron las regiones amenazadas (...). La escuela histórica contaba ya entonces con numerosos y entusiastas participantes; y esta escuela, que, sin pretender dar vida a los tiempos pasados, cree, sin embargo, que no deben extirparse las raíces que con su savia nutren en parte las modernas sociedades, restablecería la verdad de los hechos, sacándolos del campo del olvido en que transitoriamente habían quedado relegados*» [J.J. Permañer: «Proyecto de codificación: antecedentes y soluciones», *La España Regional*, Vol. I, p. 265]. El contexto cultural indicado por Anguera era, en este sentido, una contestación a la tipología cultural-política de despersonalización cultural, sin llegar, con todo, a un modelo de construcción política no dependiente. Se reivindicaba la independencia cultural sin llegar a la independencia política. He ahí la significación, no sin consecuencias políticas, de toda aquella historicidad que restaba sumergida/sustituida por la construcción del Estado-nación español, tanto desde sectores progresistas como conservadores. Es por este motivo que Pella i Forgas, al hacer la reseña de la *Història de Catalunya* de Aulèstia i Pijoan, hacía hincapié en la presencia de «*un criterio positivo y regionalista en toda ella [en la història de Aulèstia] aun en los pormenores: así el autor se preocupa de la importancia que tiene la división comarcal (...); toma la entidad popular catalana desde los primeros tiempos; la sigue en su formación como pueblo en la reconquista; la estudia en su desenvolvimiento sucesivo, y en sus ideales como nación en los siglos XII y XIII*»².

Se puede concluir, pues, que la concepción de la gran mayoría de los intelectuales del país del siglo XIX oscilaba entre la rememoración del pasado y la lealtad lingüística. Políticamente, esta idealidad cultural se apoyaba, como en el caso de *Aladern*, en la vindicación del marco de la Corona de Aragón. En este punto quizá convendría introducir otro factor: la denominación de la lengua (ya estudiada por August Rafanell) en el paso de la concepción supradialectal, como forma de «estandarización», del lemosín (Países Catalanes y Occitania) al catalán. Ahora bien, la aportación del ensayo de Anguera consiste en demostrar la función de primera concienciación (¿o de sentimentalidad?) nacionalitaria a partir de lo que representaba el mantenimiento del uso (=dignidad lingüística) de la lengua hacia procesos de defección lingüística. Fijémonos en lo que dice Josep Subirana en 1865: «Per la ronya de l'alta societat», és dir de la cula senyoralla de Barcelona i demés ciutats i

2. J. PELLA: «Una nueva historia de Cataluña», *La España Regional*, Vol. IV. IV, pág., 373. En una parecida concepción insistía Josep COROLEU en una serie de artículos en la misma revista sobre *La civilización catalana en el siglo XV* y *Apuntes para un boceto de la civilización catalana*: «Hoy la verdadera historia es la historia de la civilización (...). Hoy exigimos del historiador que nos explique las leyes, las costumbres y las vicisitudes de los pueblos».

poblacions grans de Catalunya, s'ha estesa entre la gent de mig torn i fins de la baixa mà; i veli aquí per què es parla, particularment en la capital del Principat, un català bàrbaro, mig castellanisat, sens pròpia construcció gramatical, ab improprietat llastimosa d'aplicació i de sentit d'expressions. D'aquí ve la mania de publicar los anuncis, pintar los rètols dels llindars de portes i de botigues en pèssim castellà; i fins los més ignorants cartejar-se també en castellà, però en quatre paraules castellanés, dues de catalanes. Més aix és pura moda e imitació de costum, com los animals seguint lo un l'altre a la beurada, moda sempre lleugera i variable, sens tenir, en lo fondo, ninguna trascendència» [Anguera: 1998: 57].

Esta crítica social a la *imitación* modélica del español como lengua de prestigio (que llevaba a la españolización normativa del catalán!) no eximía de casos, como el de Pin i Soler, bien demostrativos «d'una tipologia ideològica força estesa, per poc o gens estudiada i sobretot voluntàriament deixada de banda pels analistes: la dels que se sentent catalans, fins i tot catalanistes bel.ligerants, en els aspectes lingüístic, cultural i sentimental, i ahora espanyols, també si cal espanyolistes, en el polític» (p. 82). Esta disglosia ideològica también está presente en Antoni de Bofarull, quien, según Anguera, «es va desviure per la regeneració cultural (llengua, història i mítica) de Catalunya, però per altra banda se sentia de forma plena i conscient espanyol» (p. 35). Toda esta tradición intelectual del país pone, pues, las bases de un catalanismo intervencionista y modernizador del Estado español.

Finalmente, la antología de textos *Escrits polítics del segle XIX* es una ejemplificación empírica de la catalanidad cultural de los dos ensayos citados y muestra —como indica el historiador en el prólogo— la labor de catalanización cultural de instituciones como los *Jocs Florals* o la *Associació d'Excursions Científiques*. Pero esta función socializadora de la conciencia nacional a través de la lengua y la historia va mostrando el gradiente del catalanismo cultural al político, oportunamente apuntado por Anguera en el artículo del diario reusense *Lo Somatent* en agosto de 1886. La aportación de este conjunto de textos del “catalanismo lingüístico” lleva a indicar el *proceso* —la fijación— de unos parámetros de fidelidad de uso de la lengua en el seno de las capas populares urbanas, pero también con un claro contenido de reivindicación política: «Volem tot lo que és nostre; tot all de què injustament nos han desposseït; tot all de qué, contra dret i raó, fa temps se'ns priva. Volem la Pàtria que ens han presa», exponía Picó i Campanar en los *Jocs Florals* de 1892 (p. 100). La evolución hacia el contenido político de la ideología nacional catalana se concretará en los albores de la primera posguerra mundial.

La función social de los orígenes del catalanismo es destacada por ideólogos de la izquierda como Gabriel Alomar cuando justamente antepone —en la conferencia crítica sobre el regionalismo de la burguesía *Negacions y afirmacions del Catalanisme* [4-XII-1910]— la «Barcelona de les predres» [apología del materialismo económico] a la «Barcelona de les idees», donde los primeros catalanistas eran «l'executria de noblesa de la Barcelona romàntica, de la Barcelona ideològica, contra la Barcelona fossil y petria». Es decir, este primer catalanismo actuaba de contestación a la máxima alomariana «El status quo, pera'ls conformistes, és l'ideal», ya que

«la colecció de la benemèrita *Renaixensa* [órgan representatiu del catalanisme polític-cultural vuitcentista] es l'executoria de noblesa de la Barcelona romàntica, de la Barcelona ideològica, contra la Barcelona fossil y petria, inanimada, y encunyada com una unsa vella».

En esta perspectiva, las aportaciones de Anguera ejemplifican una constante en la evolución de la catalanidad nacional: aquella que no es susceptible de ser tipificada en *una* clase social [burguesía comercial-industrial] sino que hay que observar también *desde* la configuración de las capas populares urbanas y, por lo tanto, situar evolutivamente en ella aquello a lo que apelaba magistralmente el políglota Delfí Dalmau: «Els catalans estem dividits entre castellanistes, que dissimulen dient-se espanyolistes, i catalanistes. Els catalanistes volem la depuració de la nostra catalanitat, que és la nostra naturalesa, la nostra història, la nostra evolució espontània i els catalans castellanistes volen el contrari: confondre fins a occir la pròpia naturalesa, la pròpia nació; i doncs, són ells uns renegats, uns traïdors al propi poble...*i justament per aix compten amb la força oficial d'Espanya per a delatar i perseguir els germans de la pàtria natural*». He aquí el sentido pedagógico de los ensayos de Pere Anguera: los catalanistas no son aquella *falsa ruta* del converso Valls i Taberner, parece ser que asumida de nuevo (¿hubo cambio alguno desde su fundación?) por el *ABC* (y ahora *La Razón*), ni tampoco una consecuencia del tradicionalismo. Era una cultura política socialmente *transversal* en evolución que —también como respuesta al conservadurismo catalán— nada tenía que ver con el «canovismo».